

YO ENCONTRÉ SU PAZ

A Fray Antonio Corredor, que ha captado magistralmente la poesía de Guadalupe.
A Ricardo Becerro de Bengoa, por su entusiasmo hispanista.

VIVIMOS en un siglo agitado, en el que todo se ve a través de la lente que forma la pasión desenfrenada en todos sus aspectos. Alguien ha dicho que el Siglo XX podría ser definido con solo una palabra: MOVIMIENTO. Mi opinión, menos autorizada que la anterior, ha de calificarlo con otra: DESENFRENO.

Mucho se ha hablado sobre el misterio que encierran esos enormes monumentos de piedra que nos legaron las generaciones pasadas. Mucho, también, se ha dicho—en verso y prosa—del alma de las viejas construcciones y, por lo tanto, nada he de añadir yo a temas tan trillados por eminentes autoridades de las letras de todo el mundo; pero sí he de publicar a los cuatro vientos otro encanto que yo hallé, encanto precioso en el actual vivir: Yo hallé SU PAZ.

En el siglo de la celeridad, en el siglo de los inventos prodigiosos, en esta época en la que nadie se preocupa del medio sino para hallar el más inmediato fin, entre todo este caos moral y material, repito, yo hallé su paz.

Si tantos panegíricos se elevaron para cantar lirismos encontrados a vetustos caserones, me hago esta pregunta: ¿Por qué no he de ensalzar algo tan preciso—y hoy, por desgracia, tan escaso—como es la paz, pero la paz en cualquiera de sus múltiples manifestaciones, en las miradas, en los sentidos, en las vidas, en las cosas...? Y, claro está, al incidir sobre este tema que me he marcado como meta para estas líneas, he de referirme, es forzoso, al Monasterio de Guadalupe.

Mi conocimiento del paraíso guadalupense era el que podía atesorar cualquier turista de cualquier parte del mundo—turista de biblioteca, naturalmente—, este: Guadalupe como obra de arte, simplemente, que se prestaba a cuantas imaginaciones puede un artista desear, o, como monumento religioso—hornacina—donde generaciones y generaciones depositaron su fe.

A través de relatos, películas, monografías y otras obras del saber humano, pude conocer—mejor adivinar, puesto que no se conoce nunca, en estos casos, aquello que no se vé—de la imponente vitalidad que, de todo el Monasterio, trascendía... Leí versos magníficos de un fraile poeta, que me hablaban de claustros encantados y fontanas rumorosas esmaltadas de luna llena; artículos e historias donde se relataban las tradiciones, gestas y milagros guadalupenses. Otras veces eran fríos estudios científicos, en los que se describían con todo detalle las riquezas que atesoraba la gran urna de piedra que es el Monasterio, los que venían a caer en mis manos. Más aún, hube de conocer—desde bien pequeño, como no puede menos de ser lógico—los portentosos milagros de la Morenita de las Villuercas con su colección de exvotos correspondientes. Ni podían faltar, tam-

poco, los estudios que se referían al tesoro de bordados que encierra el Monasterio, así como las pinturas de su magna Sacristía.

Pero nadie cantó—las pasadas generaciones porque no les era de vital necesidad, y las actuales por su exceso de velocidad y pasión— las excelencias de ese remanso de paz, como tal, que—igual que la flor olvidada en un vaso, de que nos habló el poeta, y que perfumaba fuertemente la estancia—aroma, hasta hacerse indeleble, a todo lo que lleva el sello guadalupense.

Tuve ocasión de visitar y gustar largamente las delicias del Monasterio de Guadalupe, tanto, que su huella quedó grabada fuertemente en mi alma. Ya dije antes que no había de referirme sino al tema que me ocupa, pero sí, forzosamente, he de reseñar las primeras impresiones que produce su contemplación. Al principio causa asombro y admiración, porque todo en él impone; después se le toma cariño; má tarde duele su alejamiento, como algo que nos es entrañable, y queda en el alma del visitante—sea contemplativa o no—, una nostalgia que le impele a saludar con cariño al desconocido, que ya no lo es tanto, si coincidió con él unas horas tan solo quizá, cabe el monástico recinto. Es tan cierto lo que digo que, sin temor a pasar por hiperbólico, puedo dejar sentado incommoviblemente este aserto: Los que hemos estado en el Monasterio de Guadalupe, si quiera sea un día tan solo, nos hallamos vinculados por un lazo espiritual que el tiempo no rompe.

Durante los días que yo moré entre sus muros encantados, pude comprobar que allí se para el tiempo y la noción de las cosas, nadie mira al reloj si no es para satisfacer las más elementales necesidades corporales; los mismos relojes, como si tuvieran conciencia de su poco valor en aquel sitio, no se cuidan ni poco ni mucho en ir acordes. Y es que allí está el reino de la Paz.

Fuera de su recinto, a unos metros tan solo, están los periódicos con sus noticiarios de pasiones desenfrenadas: La guerra grande que agita a las naciones de todo el mundo; la avaricia en riña constante con el universo; un accidente automovilista; un casamiento a lo yanqui de la más detonante cineasta; una catástrofe ferroviaria... desenfreno... pasiones...

Pero trasponemos el umbral. Y un grueso telón queda corrido a nuestras espaldas, impenetrables a nosotros mismos, aislante de todo lo exterior, como si ya, lo que dejamos fuera, quedara anulado por completo para nuestras vivencias y sentidos. Nos adentramos en el encanto místico de su interior. Entonces, todo muere para nosotros y solo nos queda una grata impresión que inunda de placidez y de sosiego el alma fatigada: Hallamos la Paz.

Yo he podido contemplar hombres de negocios, atareados hasta en su mirar, postrarse ante la Virgen Morena y olvidarse de todo lo demás; banqueros repletos de oro, relegar al olvido su posición; hombres y mujeres ganados de la «modernidad» más absoluta—otra vez el desenfreno en la pasión—llorar y sentir emociones nunca experimentadas, olvidar su incontinencia y dejar al descubierto, en pura llága, su verdadera alma.

Yo he visto a políticos de países extranjeros, asiduos frequentadores del Monasterio, arribar a él en imponente automóvil, maravillosa técnica de lujo y confort; militantes de otras religiones que no iban a postrarse ante Dios sobre la piedra monástica sino a buscar una paz que en su diario quehacer o batallar no encontraban...

Y, al igual que yo, han paseado, solitarios, por los claustros silenciosos, de día o a las altas horas de la noche bañada en luz lunar. Los he visto, sentados, cabe el claustro mudéjar o el gótico, entregados a la contemplación de las altivas Villuercas o, abismados en su propia vida interior, semejar estatuas.

Ellos, como yo, como muchos otros más, buscaban un imposible en la vida fuera del Monasterio. Ellos, —no importa su raza, religión o ideales—, como muchos, como yo mismo, se sumergían en el encanto místico del Monasterio para hallar la paz.

Yo he visitado el Monasterio de Guadalupe—Castillo, Iglesia, Arte, Alma—, he sentido sus pinturas, he calculado sus tesoros, he vivido su religión, he encontrado su poesía, sus sonidos nocturnos, su almarío perfumado. pero, más aún, yo he hallado SU PAZ.

BENITO MARTINEZ SENDEROS

II ANIVERSARIO

Don Tomás Martín Gil

(† 2 de Septiembre de 1947)

¡Dos años ya desde su muerte!

«Para nosotros, los que hacemos ALCANTARA, tan solo se nos ha esfumado su jocunda vitalidad; pero lo mejor de él se ha quedado aquí, esencialmente engarzado en nuestras preocupaciones y presidiendo nuestros afanes». Así decíamos al dar la dolorosa nueva de su fallecimiento, y esas palabras se nos ofrecen hoy llenas de fragante actualidad, con perenne valor votivo.

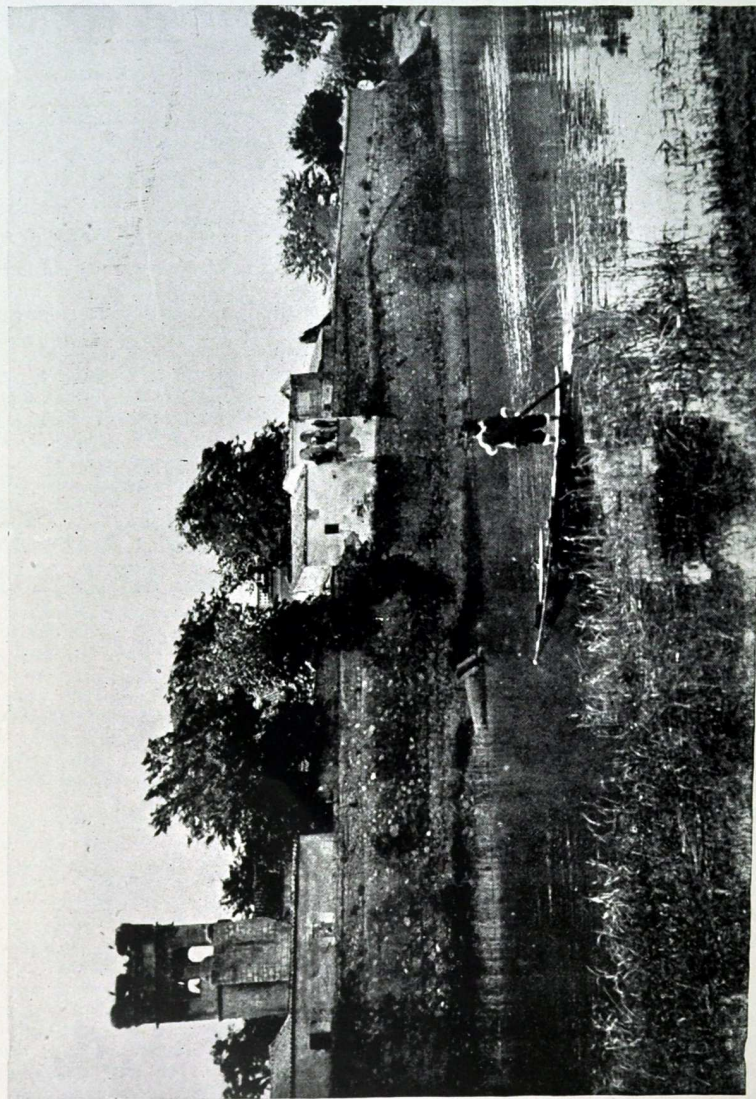
Sembrador de inquietudes, y, más aún, semilla de fecunda inquietud él mismo, que tras la sementera de su muerte produce cosecha de ciento por uno.

Su obra no ha sido estéril, y buena prueba de ello es nuestra revista, que él dirigió en aquella primera y dura época, ahora cuajada en esta segunda etapa de madurez que al par de suscitarnos alegría, nos deja un poso de amargura porque Don Tomás no haya podido disfrutar de ella ni formar en la marcha firme, ascendente y prestigiosa que ha emprendido ALCANTARA, ya decididamente arraigada en la entraña viva de Extremadura.

Dos años ya desde su muerte, pero todavía, y ojalá lo sea por mucho tiempo, fresca y pujante su ilusión: la ilusión que nos anima... Y... Pero, no, nada más; porque si dejamos abierto el corazón...

Es forzoso terminar y queremos hacerlo sencilla, acendrada, cristianamente, con palabras traductoras de nuestro deseo: ¡Que Dios tenga en la paz de su seno a nuestro buen Director y dilecto amigo!

F. B.



ALBUM EXTREMEÑO: Cubillos.—Población desaparecida, del Obispado de Badajoz. Hoy Dehesa (Cubillana o Covillana), Paisaje del río Gévara